

# EDITORIAL

Nuestro campo, nuestras producciones agrícolas —tradicionalmente de muy bajo rendimiento en especies de gran consumo—, han constituido gran preocupación por parte de españoles de privilegiada mente y larga vista dirigida al porvenir. Tenemos el ejemplo de Jovellanos, que no era precisamente agricultor. Nacido en Gijón, los problemas agrícolas no constituyeron problema esencial en Asturias, donde más preocupaban la ganadería, el comercio y la pesca, y años más tarde, la minería. Sin embargo, Jovellanos redactó un proyecto de reforma agraria, que en proyecto se quedó. Más adelante, en nuestro siglo ya, retumbó la voz poderosa de alguien que sí vivía en sus carnes el problema agrícola. El pueblo le conoció por «El León de Graus», porque en esta localidad oscense se crió y vivió Joaquín Costa, que había nacido en la cercana tierra de Monzón.

Joaquín Costa vivió para intentar salvar el campo español y, por consiguiente, redimir al campesino. Su intento de reducir la importancia del polígono gijonés, quizá se pueda afirmar que Joaquín Costa fue el adelantado del agro español.

Jovellanos abarcó mucho más, fue un intelectual muy por encima de Joaquín Costa; redactó su proyecto de reforma agraria, realizó grandes estudios jurídicos y humanísticos sobre diversas materias, desecó marismas en su tierra natal y hasta actuó como ingeniero al proyectar la actual carretera que une a Gijón con Oviedo. Joaquín Costa fue más político y centró sus esfuerzos en la reforma del agro español.

En esta hora en que España acomete obras de auténtico carácter colosal para revalorizar el campo y redimir al campesino, sería injusto marginar a quienes hace ya muchos años previeron las realizaciones ahora en vigor. El problema del agro español radica, de manera primaria, en el agua, en la existencia del agua. España recibe de los cielos agua suficiente para atender todas nuestras necesidades, incluso las agrarias, pero nuestra geografía es endiabladamente enrevesada. La proximidad de las cordilleras a las costas hace que los ríos tengan poca longitud y vayan muy pronto al mar. La distribución de nuestras cuencas, de manera natural, es lo más inapropiada. Sobre todo, en el Cantábrico.

Tenemos ríos de relativo largo recorrido, que recogen aguas abundantes de valles y afluentes, pero también la Cordillera Central divide impla-